







Asunción



Mónica Chamorro Mejía

Asunción



menos**cuarto**

Un jurado formado por Javier Montes, Pilar Ruiz, Germán Sierra y José Ángel Zapatero, adjudicó a *Asunción*, escrito por Mónica Chamorro Mejía, el Premio Tristana de Novela Fantástica, en su decimosexta edición, organizado por el Ayuntamiento de Santander.

© Mónica Chamorro Mejía
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-20-5
Dep. Legal: P-134/2024

Diseño de colección: Echeve
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«¡Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del Universo,
sueños confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dais,
si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises cuando pasáis!»

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

«¿Qué importa el mundo, si perdona Dios?»

JORGE ISAACS

*Para Guillermo Borrero Aragón
adaliid de cualquier asunción.*

Capítulo 1

LA TARDE EN LA QUE CONOCIÓ a quien lo llevaría a la muerte fue también la primera en la que José Asunción Silva pudo sentir lo que era la primavera. No lo invadió solamente una sensación, en su cerebro irrumpió también una certeza: supo que la primavera no admitía espectadores. No era un fenómeno exterior y ninguno de sus frutos podía saborearse desde la distancia, desde una descripción o desde las páginas de un libro. Ese día de principios de abril de 1894 supo que la primavera era algo que ardía dentro de las venas, una euforia que corría por los nervios, en la intimidad de los huesos. Sus pobres huesos —pensaba al sentir cómo algo los acariciaba por dentro— resignados al frío perenne, a la lluvia que está siempre en la punta de las nubes de Bogotá, donde había vivido toda su vida.

Esa sensación lo había asaltado en plena calle, cuando caminaba por la vía Kerepesi. Como pocas veces en su vida, se sintió inocente, plácido. Aún no sabía que caminaba hacia una trampa y que unos pasos más allá de esa alegría lo esperaban unas fauces codiciosas. Había salido de su habitación, en el barrio judío, vestido de pleno in-

vierno cuando en medio de las corrientes del aire gélido percibió un soplido tibio. Una caricia en medio del azote del hielo que pasó rápidamente pero que después volvió en onduladas cada vez más poderosas. Ese calor agresivo entraba en los pulmones de los viandantes y penetraba en los cuerpos demasiado cubiertos, excesivamente pesados, agobiados por la montaña de paños, sombreros, bufandas y guantes necesarios para soportar las corrientes de aire que nacían en Siberia y venían a estrellarse contra la ciudad extendida a los dos lados del Danubio.

La gente a su alrededor, en la concurrida calle Kerepesi, empezó a desvestirse, a quitarse los abrigos y chalecos, a liberar el cuello de las camisas demasiado cerradas, a subirse las mangas. En torno a él se formó una orgía primaveral de cuerpos y pieles sudorosas que palpitaban a la vista y temblaban ante el olvidado contacto con el aire. El mundo pareció animarse y llenarse de olores. Su olfato se hizo sensible y percibió el perfume de una mujer voluminosa que acababa de liberar su cuello y sus brazos de un sobretodo rojizo, dejando al descubierto una bella epidermis sembrada de pecas que despedía un olor a la vez almizclado y ambarino.

Entonces se decidió a desvestirse también y, una vez libre de casi todo lo que llevaba encima, tomó de un salto atlético el tranvía que descendía por el centro de la moderna Pest. Bajó en la parada de la plaza Deák Ferenc y allí se detuvo un momento para comprar un puñado de naranjas acarameladas en un cono de papel. Mientras su boca trepidaba ante el contacto agrídulce con la fruta con-

fitada, empezó a recorrer la distancia que lo separaba del hermoso puente Lánchíd, el único que comunicaba las dos mitades de la ciudad, y sonrió al verlo.

Si no se hubiera detenido a comprar la fruta caramelizada, José Asunción habría llegado unos minutos antes a la vía Fő y probablemente habría visto caminar a quien se hacía llamar barón István Báthory. Habría encontrado su sombra ágil y torva sobre los adoquines, habría visto el sombrero de fieltro desgastado cayendo oblicuo sobre la mirada estridente. Entonces tal vez habría sentido un vahído en su estómago, una precipitación en su vientre y quizás habría huido. Pero nada había acelerado su paso y solo cuando la lluvia de gotas finas y espaciadas empezó a caer, se echó a correr y, antes de que el agua arreciara, pudo entrar en el interior antiguo y cavernoso de las termas de Király Fürdő.

Desde que había descubierto la delicia de las aguas, el silencio y la oscuridad de aquellas bóvedas que habían construido los turcos, iba casi cotidianamente. Contrariando la gravedad con la que solía tratar a los extraños, sonrió al portero y fue directamente a los vestuarios. Por primera vez se desnudó por completo: se atrevió a quitarse el mono largo de lana que le servía de ropa interior y soportó, con la cara roja de pudor, la mirada del empleado del guardarropa quien le tendió un albornoz blanco.

Él prefería entrar siempre primero al baño turco, pero ese día la temperatura del vapor le pareció exagerada y se arrojó a la gran piscina hexagonal coronada por la cúpula agujereada que dejaba filtrar a la penumbra de las

bóvedas la claridad del cielo de principios de abril. Ese era su lugar favorito de las termas de Király, su lugar favorito de Budapest y probablemente del mundo. La cúpula atravesada por los haces de luz parecía un cielo estrellado. Lo nocturno con lo que siempre había soñado. Esa emoción era lo más cercano al paraíso que él había experimentado y lo que más lo sorprendía era que se trataba de un edén sencillo que no necesitaba ningún heroísmo. Allí podían entrar todos, bastaba comprar el billete de entrada, que era además barato. Pero ese edén cavernoso estaba por terminar justo en ese momento de indolente ignorancia, porque tras José se insinuaba una presencia que nunca sabría definir con certeza.

Jamás lograría comprender si lo que apareció en medio del vapor de las termas de Király Fűrdő era un fantasma perverso o un espíritu puro, solo presentía que lo que avanzaba hacia él era un ser extremo, alguien que escapaba a cualquier categorización. En un primer momento sintió solo el estremecimiento del agua ante el contacto de algo que entraba en ella. De ese modo los dos cuerpos, el de José Asunción flotando en la superficie y el del desconocido que acababa de arrojarse a la piscina, aun sin acercarse, se tocaron por primera vez a través de la densidad del agua.

Durante unos minutos no se produjo ninguna otra alteración, hasta que el movimiento del agua se intensificó en una marejada creciente que culminó con el roce de una mano en su costado. La reacción de su sensibilidad ante la caricia inesperada, unida a la contemplación de los

magnéticos ojos cíngaros, hizo que se preguntara acerca del tipo de conexión que existía entre él y ese hombre ignoto. En ese primer instante de su relación con István Báthory pensó que ese encuentro era fortuito, pero después se daría cuenta de que nada había sido casual y que la primavera había sido un engaño, como también lo había sido el paraíso octogonal de la piscina e incluso el sabor agridulce de la naranja confitada.

El hombre ante él, sin mediar casi una presentación o un saludo, empezó a hablarle y todo lo que salía de su boca era un vórtice hipnótico. Al oír la elocuencia que brotaba de sus labios, José tuvo la rara impresión de que la comprensión podía anteceder a las palabras. Se sentía a la merced de esa voz que parecía ser la de un actor o la de un sacerdote: a veces lo llevaba hacia la velocidad, otras, lo tranquilizaba con la lentitud, después lo detenía y, sin darle tiempo para nada más, lo arrojaba al abismo.

*Yo soy el vacío,
el vértigo en el que sueñas caer.
Tú eres el abismo.
Y nadie conoce cuál es el núcleo,
selvático, carnívoro, famélico,
de esa grieta.
Yo conozco tu abismo,
he oído a tu voz murmurar las roncas canciones del Hades.
Te he visto dormir bajo un árbol de fuego y espinas,
te he visto acechar a la belleza para azotar su inocencia.
¿Cómo hallaste el camino solitario?*

*¿Cómo descubriste la ruta que lleva a la noche?
¿La senda de luciérnagas, margaritas y sombras?
Sé que estás perdido en esta ruta nociva
que solo conoce la horma del espectro.
Infinita es la materia del abismo,
infinita es la caída,
mas ya no estás solo, caeremos juntos.
El fondo muelle y terso nos espera,
el fondo de mármol fresco y de jardines de roca.
Y en el fondo está la última luz,
en el fondo del abismo está la ascensión.*